

DOS REPRESENTANTES ARGENTINOS MUERTOS EN LA GUERRA

(Roberto J. PAYRO, para *La Nación*)

AMSTERDAM, octubre 20 de 1914.

Dos víctimas – que sepamos hasta ahora – ha tenido la República Argentina en la presente guerra europea, que yo llamo « *el Diluvio universal de sangre* ».

La primera es el vicecónsul argentino en Dinant, fusilado, o mejor dicho ametrallado por los alemanes, el 23 de agosto ; la segunda el vicecónsul y canciller del consulado general argentino en Amberes, muerto por una granada la primera noche del bombardeo de dicha ciudad.

Nuestro país ha comenzado, pues, a pagar su tributo de sangre en esta lucha feroz entre la mal disfrazada autocracia y los principios de independencia y libertad. Y esa dolorosa contribución no será desgraciadamente la única ...

*

Advertido por los rumores que hasta él llegaban, nuestro ministro en Bruselas, Dr. Alberto Blancas, se apresuró a informarse de la verdad de lo referente al fusilamiento de M. Remy Himmer, vicecónsul en

Dinant. Ocupado el país por los alemanes, y aterrados sus habitantes con la devastación que ha hecho sistemáticamente tabla rasa de vidas y haciendas, le fué muy difícil en un principio obtener testimonios fehacientes. Pocos se prestan a decir lo que han visto, cuando todos están tácita y explícitamente amenazados con terribles represalias – si esto puede llamarse represalias. Sin embargo, merced a una información levantada en el lugar del suceso por el coronel Lorenzo Bravo, attaché militar de la legación, nuestro plenipotenciario consiguió conocer la verdad, y formó al respecto un expediente que a estas horas debe hallarse en manos del Dr. Murature. Según tengo entendido los documentos que figuran en ese expediente no dejan lugar a dudas acerca de la iniquidad del hecho.

Por mi parte he tratado de informarme también, pidiendo informes a testigos presenciales y miembros de la familia Himmer, y del resultado de mis averiguaciones voy a dar cuenta en seguida, reservando únicamente ciertos nombres, porque no quiero ser causante involuntario de nuevas represalias. Relataré también, como marcos necesarios para el hecho que más nos interesa, lo que ocurrió en Dinant desde el día en que lo atacaron los alemanes, hasta aquel en que la pequeña y pintoresca ciudad desapareció del mapa, borrada por las bombas de Prusia. Y en ese relato no me apartaré un punto de lo que afirman los testigos, sin hacerme por ello garante de la absoluta exactitud de sus afirmaciones. En materia tan delicada se necesitan certezas indiscutibles ajenas a toda pasión ; pero por

mucho que tenga que atenuarse, lo que quede será siempre espantoso ...

Es de saber, ahora, que M. Remy Himmer era desde hacía muchos años vicecónsul de la República Argentina en Dinant, y que se ponía solícitamente al servicio de todos nuestros compatriotas que por allí pasaban. Director y copropietario de las fábricas de paños, era muy querido de sus obreros y del vecindario, y aparte del luto, su familia ha perdido en el bombardeo, incendio y saqueo, alrededor de tres millones de francos, pues nunca había habido en las fábricas un depósito tan importante de mercancías como en el momento de estallar la guerra. Era, además, un hombre tan bondadoso y manso que su propio hijo me dice : *«Hasta los cuarenta años nunca me permitió tener armas de fuego ni hacer partidas de caza ! »*

Esto sentado, vamos a los hechos que se desarrollaron en Dinant.

El bombardeo por los alemanes comenzó el 15 de agosto, a eso de las seis de la mañana. En un principio apareció que su tiro estaba lejos de ser preciso ; sin embargo, las primeras granadas fueron a caer sobre el hospital, donde estaba instalado el servicio de la Cruz Roja y donde se asistían varios heridos alemanes.

Es de notar que estos últimos, cuando llegaron al

hospital, se negaban a tomar los alimentos, medicinas o bebidas que se les daba, diciendo que se les quería envenenar, y no aceptándolos sino después de que el médico o las enfermeras los habían probado. Cuando había que emplear un aparato o instrumento cualquiera, era imposible curarlos, pues se defendían violentamente con el temor de que los ultimaran ... Se les había hecho creer en Alemania que los belgas los mutilarían y asesinarían sin piedad ! El bombardeo continuó en seguida contra el colegio de Belle Vue y la estación del ferrocarril. La infantería alemana consiguió desalojar a los franceses que estaban en la ciudadela y hacerlos bajar en corto número a la ciudad, donde permanecieron, por otra parte, poco tiempo.

A eso de las seis y media de la tarde el combate cesó. Los alemanes se retiraron hacia Ciney, llevando en grandes carros de labranza que habían requisado la mayoría de sus muertos y heridos, tirados en montón unos sobre otros.

Durante la batalla, y como pudo atestiguarlo después, un cabo francés, herido en el patio de la ciudadela, fué colgado y sirvió de blanco a los alemanes. Su cuerpo quedó acribillado a balazos.

*

Los días 16, 17, 18 y 19 fueron relativamente tranquilos.

El 20, a eso de las once de la mañana, un uhlano, que venía del camino de Froid-de-Vaulx, atravesó la ciudad al trote, recorrió la calle Saint-Jacques, sin ser inquietado, lo que prueba que los habitantes no tenían ni siquiera la intención de tirar sobre sus enemigos.

*

En la noche del 21 al 22, a eso de las 10, varios infantes alemanes, tan ebrios que apenas podían caminar, bajaron por la calle Saint-Jacques, llegaron frente a la iglesia, y comenzaron a disparar los fusiles sobre las ventanas de ciertas casas, lanzando feroces alaridos.

Volvieron luego por las calles Adolphe Sax y Rue Petite, llegaron a la plaza Patenier, sin dejar de gritar y cantar, e incendiaron algunas casas, poniéndose luego a bailar en la plaza, a la luz de la hoguera.

En seguida volvieron a pasar por la calle Saint-Jacques, tirando sobre las casas y prendiéndoles fuego. Varias personas fueron heridas.

Llamaron a la puerta de un tal Sohét, que vivía en lo alto de la calle. Sohét, hombre de

cincuenta y cinco a sesenta años, acudió a abrir, y en cuanto asomó, los soldados le dieron un bayonetazo en el bajo vientre. Llevó el infeliz las manos a la herida, y los alemanes se las dilaceraron a tajos, hiriéndole además en la frente y rompiéndole un brazo.

La soldadesca, satisfecha con estas hazañas, tomó el camino de Ciney para incorporarse a su regimiento ; pero como habían tirado los unos sobre los otros, iban casi todos heridos, mientras dejaban en la ciudad a dos camaradas muertos.

Esto parece haber sido una especie de simulacro para excitar a los soldados contra la población, porque es seguro que los alborotadores se dijeron asaltados por los pacíficos dinandeses ...

*

El día siguiente, 22 de agosto, fué tranquilo pero, al caer la tarde, volvió a empezar el bombardeo y todo el mundo pasó la noche en los sótanos.

*

El 23, pequeña pausa, pero a las seis de la mañana estalló un terrible bombardeo que iba a durar todo el día.

A eso de las 7, los alemanes bajaron a la ciudad por el camino de Loyers y la Montaña de la Cruz, para entregarse a inauditas atrocidades.

Tomaron ancianos y ancianas y los pasearon por la ciudad con los brazos alzados al cielo, disparando a cala instante los fusiles para aterrarlos. Derribaron las puertas de las casas y rompieron los vidrios a culatazos, lanzando al interior granadas incendiarias. Todos los que abrían sus puertas, se dejaban ver o salían huyendo del fuego, eran hechos prisioneros y llevados a la antigua herrería de Bouille. Allí había gente de todas las edades y de ambos sexos, ancianos, niños, mujeres que amamantaban sus criaturas ...

Imposible es describir con qué refinamiento atormentaban a aquellos desdichados !

Obligaban a las hombres a que fueran a recoger los muertos y heridos caídos en la calle d'Enfer, calle que da a la plaza del Mosa, frente a frente del sitio en que funcionaban las ametralladoras francesas : los infelices podían, pues, morir de las manos de sus propios amigos !

Los que habían quedado en la herrería, en la casa del herrero y en los sótanos, pasaron

también por momentos terribles y yivieron horas angustiosas. Los alemanes les daban golosinas diciendo que no les harían el menor daño y, minutos más tarde, les anunciaban que iban a fusilarlos o a incendiar la casa después de encerrarlos en ella.

A eso de las seis de la tarde hicieron salir a todos, fusilaron algunos al azar, y todo el resto fué arreado delante de la soldatesca que tiraba al aire sin cesar, o que obligaba a los desgraciados a tenderse en el suelo, siempre con los brazos levantados.

Después de recorrer asi la calle, separaron a los hombres de las mujeres. Los hombres, que eran unos ciento cincuenta, fueron alineados en tres filas contra una pared. Avanzó un pelotón de ejecución, cargó las armas y apuntó a los prisioneros. Pero, a una voz de mando, los tiradores se retiraron, descubriendo algunas ametralladoras que abrieron inmediatamente el fuego ...

Esta escena se desarrolló en presencia de las mujeres y los niños, que vieron así despedazar a sus padres, maridos, hermanos o hijos !

Los pocos que lograron escapar a las ametralladoras, fueron muertos por los soldados, que se complacían en tirar sobre el montón de víctimas.

Entre éstas cayó el vicecónsul argentino, D. Remy Himmer, de cuyo *vía crucis* paso a ocuparme especialmente, siguiendo también punto por punto las declaraciones de otros testigos presenciales, que conocen muy a fondo los detalles del hecho.

*

M. Himmer, su esposa, sus hijos y numerosas familias de obreros, estaban el domingo 23 de agosto refugiados en la fábrica, cuando a eso de las cinco de la tarde, ignorando todavía el resultado de la batalla, y los acontecimientos que se habían desarrollado en la ciudad, resolvieron salir con una bandera blanca, para pedir que se les permitiera recogerse a sus respectivas casas.

Fueron inmediatamente rodeados por soldados alemanes y conducidos a un oficial que separó del grupo a M. Himmer y a todos los hombres y adolescentes hasta de diez y seis a años que, bajo la amenaza del revólver, tuvieron que encaminarse a la Abadía de los padres Premontreses, frente a la cual se hacían las ejecuciones.

M. Himmer reivindicó inútilmente su título de cónsul de la República Argentina. Sin interrogatorio, sin sentencia, fué pasado por las armas junto con sus empleados, capataces y obreros. Entre la salida de la fábrica y el

momento de la ejecución no transcurrieron diez minutos.

Desde el principio de las hostilidades, M. Himmer había hecho enarbolar una gran bandera argentina sobre el escudo del consulado. El escudo quedó intacto, pero la bandera fué arrancada y hecha pedazos. La casa fué saqueada. M. Himmer había puesto todos los archivos del consulado en su escritorio particular de la fábrica, creyéndolos más seguros, pero poco después la fábrica fué incendiada y todos los documentos ardieron.

«Debo agregar – dice un testigo – que ningún hecho justificaba semejantes represalias. Sólo dos hulanos hablan sido muertos días antes, el 10 de agosto, por los soldados franceses, en un camino que da a nuestro arrabal de Leffe. Cualquier otra afirmación debe considerarse falsa.»

Más adelante veremos los esfuerzos que la autoridad militar alemana hizo poco después (cuando nuestro ministro en Bélgica pidió explicaciones sobre el hecho incalificable de que se trata), para quitarle importancia e impedir que las reclamaciones argentinas siguieran adelante.

Veamos ahora lo que acontecía en Dinant.

*

En otro barrio de la ciudad, después de hacer prisioneros a todos los hombres, arrearon a las mujeres y los niños por entre las casas incendiadas, lanzando gritos terribles y disparando sus armas.

En la Roca Bayard, después de haber construído su puente de barcas, obligaron a los vecinos a pasarlo, y mataron a todos por la espalda. De una familia compuesta del padre, la madre, dos niños de doce y quince años y una niña de diez, no queda más que esta última.

Los que estaban desde la mañana encerrados en la cárcel de Dinant sufrieron mucho. Allí hicieron que los hombres salieran al patio y enviaron a los sótanos a las mujeres y los niños. Los soldados tiraban en el interior del establecimiento, y hacían funcionar las ametralladoras para divertirse con el temor de aquellos desgraciados. Y esto duró horas enteras.

En otros barrios de la ciudad, en Leffe y en Saint-Pierre, se fusiló a la gente en su propia casa. Numerosos vecinos de Leffe fueron ejecutados al salir de la primera misa de la iglesia de los Premontreses. En la fábrica de

Leffe mataron al director, anciano cobijado bajo la bandera blanca, y un gran número de sus obreros que se habían refugiado en los talleres.

Es de señalar un caso, todavía más atroz. En un cuarto de un primer piso, los alemanes encerraron a cuatro jóvenes, diciéndoles que iban a incendiar la casa, y amenazándoles con tirar sobre el primero que se asomara a la ventana, previamente abierta. Puede suponerse le que los infelices tuvieron que sufrir sintiendo que se acercaba una muerte segura y sin atreverse a dar un paso por temor a las balas. Uno de ellos, semiasfixiado, cayó con el codo fuera de la ventana, y los tiros le destrozaron el brazo ...

Un padre de familia, que salía de su casa llevando en brazos una criatura de tres meses, fué fusilado en el mismo umbral de su puerta.

Todos estos hechos se produjeron entre las siete de la mañana y las seis de la tarde.

*

Entretanto, el incendio continuaba su obra devastadora, y media ciudad era bien pronto pasto de las llamas, rnientras que en todas partes estallaban tiros de

fusil. Entre las llamas y las balas, muchos eligieron estas últimas intentando la fuga, salieron de sus casas bajo las descargas, corrieron hacia la plaza del Mosa. Todo ardía, tanto en la ciudad como en las faldas de la montaña ...

En el grupo aterrado, mujeres se precipitaban hacia cada nuevo fugitivo pidiéndole noticias de sus esposos, de sus hijos, de sus padres, y la multitud corría a cada momento de un lado a otro de la plaza, siempre rechazada por las descargas de fusilería de los alemanes. Muchos cayeron para no levantarse más.

Por fin a la 1 de la madrugada, los desdichados resolvieron entrar en un hotel y en algunas casas que parecían indemnes. El temor reinaba en todos, y parientes y amigos se dieron sus adioses ...

El amanecer trajo un poco de esperanzas, aunque siguieran oyéndose tiros.

A las 5, una pobre vieja, que llevaba sin embargo los brazos levantados, fué fríamente fusilada.

A eso de las 7 se supo que se podía salir siempre que, al encontrar una tropa, se alzarán los brazos ; pero únicamente se ordenó esto a los soldados que se hallaban en el

interior de la ciudad, de modo que los alemanes situados en las alturas tiraron sobre cuantas personas veían. Así, nadie pudo acercarse al lugar de las ejecuciones, donde algunos moribundos clamaban por un poco de agua o imploraban que los ultimasen ...

Durante toda la noche del 23 al 24, pasaron tropas alemanas hacia la otra orilla del Mosa. A menudo se detenían, hacían señas a sus camaradas para que le arrasaran todo, y los soldados apoyados en el parapeto, se divertían en hacer fuego sobre cuantos asomaban. Varios fueron heridos, una mujer muerta.

El 24 pasó también entre congojas. A eso de las 5 se repitió el incendio y los alemanes quemaron cuanto quedaba en pie en el centro de la ciudad.

Nuevos fugitivos engrosaron el grupo enloquecido que temía ser fusilado a cada minuto.

El incendio lo devastaba todo, pero la noche transcurrió sin que se cometiera ninguna nueva atrocidad.

A las 7 de la mañana del martes 25 de agosto, los soldados alemanes entraron en el

hotel y ordenaron que saliera todo el mundo ; lo mismo hicieron en las casas que habían escapado, y de todas partes llegaban cuantos no consiguieron huir de la carnicería ... La muerte de todos parecía inevitable ; los sacerdotes que estaban con ellos daban la absolución a los creyentes ...

En fin, después de dos horas de conferencia entre el comandante de la plaza y algunos notables, quedó resuelto que no se fusilaría a nadie más, sino en el caso de que volviera a dispararse un tiro contra los alemanes, pero que todos permanecerían prisioneros hasta que acabara el paso de las tropas, que debía durar varios días.

Los prisioneros fueron encerrados en el cuartel de la escuela del 13° de línea y en el presbiterio de los Premontreses y, antes de que entraran, se separaron los hombres de las mujeres, que hizo temer nuevas matanzas. Los hombres, con los brazos al aire, fueron registrados, quitándoseles hasta los cortaplumas y las llaves, como si fueran armas.

Permitióse a las mujeres que se pasearan en el patio y, a la 1, los hombres pudieron salir a él un rato a tomar un poco de aire.

En este momento fueron elegidos los que debían enterrar los muertos que desde hacía tres días yacían donde cayeron. Hubo que abrir grandes fosas, trabajo penosísimo para cuantos no están habituados a hacerlo. Pero todos tenían que cavar sin levantar la cabeza, bajo la amenaza del revólver de los oficiales alemanes. De los oficiales mismos, no de los simples soldados. Y luego hubo que transportar los cadáveres en descomposición. Algunos de los infortunados prisioneros se enfermaron de fatiga, repugnancia y de horror.

Entretanto sufrían del hambre, a tal extremo, que sin darse el trabajo de pelarlas, se comieron las papas cocidas que les presentaron como único alimento.

Después de cinco horas de rudo trabajo volvieron a su cárcel y se echaron a dormir sobre las piedras húmedas y heladas ...

*

El 26 a las 8 de la mañana, un oficial, revólver en mano, les ordenó que alzaran los brazos e hizo que se les registrara nuevamente. Las mujeres recibieron la noticia de que los hombres iban a ser fusilados porque

en Dinant se había vuelto a tirar contra los alemanes ...
en Dinant donde sólo quedaban ellos.

No recibieron alimentos, sino alguna torta o algún pedazo de chocolate que les llevaban las mujeres, y de tiempo en tiempo un vaso de agua, apenas lo suficiente para que no se murieran de hambre.

*

El jueves 27 se diferenció poco de la víspera. Como algunos se habían enfermado con las privaciones y la falta de aire, se pidió permiso para salir un rato al patio, pero no fue concedido.

Por fin a mediodía se les dijo que iba a darseles un salvoconducto y que quedarían en libertad, pero que si se disparaba un solo tiro más todos serían fusilados.

Fueron saliendo uno par uno, sin saber hacia donde huir. Era demasiado tarde para emprender largas marchas y necesitaban procurarse en las cercanías donde pasar la noche. Tuvieron que atravesar de extremo a extremo la ciudad, que no era ya sino un montón de escombros humeantes.

Todo estaba destruído, desde Leffe hasta Anseremme. De la linda Dinant, tan coqueta y tan pintoresca, que el año pasado describí con cariño a los lectores de « *La Nación* », no

quedaba nada, ni la iglesia, ni la municipalidad, ni el correo. Las casas y las bodegas habían sido saqueadas antes de incendiarlas.

Se calculó aquel día que los vecinos muertos alcanzaban a 500 y los prisioneros a 700. Se había dirigido a estos últimos hacia Marche, para que restablecieran las vías del ferrocarril, pero hasta hoy no se tiene más noticias de ellos.

En las cercanas aldeas, adonde fueron a refugiarse los dinandeses, todo había sido saqueado también, y sus habitantes vivían bajo el régimen del terror ; « *Si los vecinos no ejecutan tal trabajo dentro de tal plazo, siempre muy corto, serán diezmados (fusilado uno de cada diez). Si se corta un alambre telegrafico serán diezmados también y quemadas las aldeas mas próximas al sitio del desperfecto.* »

*

Los alemanes dicen que destruyeron Dinant porque los habitantes habían hecho fuego sobre ellos. Esto es falso, afirman los testigos ; los mismos verdugos del pueblo no concuerdan en sus afirmaciones, tendientes a justificarse.

Según unos, una niña de 10 años hizo fuego con un *mauser*, matando a un mayor alemán ; según otros, la niña se convierte en una joven de 17 años. El lugar del pretendido suceso varía también. Otros dicen que un soldado alemán fué crucificado a la puerta de una iglesia, pero el nombre de la iglesia cambia

según el capricho del narrador.

También se acusa a los dinandeses que, sin embargo, se habían mostrado de una filantropía extremada con los heridos alemanes, de haber « *cortado las muñecas* » a varias religiosas alemanas que formaban parte de la Cruz Roja ...

Esto no exige comentarios.

*

Volvamos ahora, para terminar con él, al hecho del fusilamiento de M. Himmer, y a lo que las autoridades militares alemanas han intentado obtener de la viuda, dama que a pesar de sus años ha sabido desplegar una admirable energía en la temible emergencia.

Mme. Himmer, junto con las demás mujeres prisioneras, fué conducida bajo la amenaza del revólver, a la abadía de los Premontreses. Allí permanecieron cuatro días, privadas de comodidades y sin comer ...

El gobernador militar alemán de la plaza de Namur, requerido por su gobierno para informar acerca de las aclaraciones reclamadas por el gobierno argentino, la sometió después a un extraño interrogatorio. Por orden de este gobernador, Mme. Himmer se trasladó el 21 de septiembre, en un automóvil, acompañada por el

senador belga y concejero municipal de Dinant, Dr. Cousot, de Bouvignes, adonde se había refugiado después de ser puesta en libertad y del saqueo de su casa, al hotel de Namur. Recibióla el general-gobernador, acompañado por un civil, quien, según se le dijo, era auditor militar.

El general la interrogó respecto de la muerte de su marido y Mme Himmer repitió lo que más arriba ha podido leerse.

Como el general le insinuara que habiendo los habitantes de Leffe tirado sobre las tropas alemanas, esto excitó a los soldados, cuyos actos de furor quedaban legitimados así, Mme. Himmer replicó asegurándole formalmente que era falso, y que el oficial comandante de las fuerzas que los habían aprehendido, había tomado en persona por el brazo a M. Himmer y hecho detener a los hombres y adolescentes que los acompañaban.

- *Lo reconocería inmediatamente si lo pusieran en mi presencia* – insistió la dama. Se le preguntó en seguida. si su marido o sus dependientes estaban armados.

- *Ninguno de ellos* - contestó - *tenía arma alguna pues el temor de las represalias los aterraba hasta el punto de que, desde días*

antes, casi todos permanecían agazapados en el fondo de sus sótanos.

El senador Cousot afirmó entonces bajo palabra de honor que todas las armas habían sido depositadas en la municipalidad antes del 10 de agosto.

El general preguntó en seguida con acento irónico a Mme. Himmer si sabía lo que había pasado después de su arresto.

- *Como quiere usted que pueda informarlo a ese respecto* – contestó la señora – *si estaba prisionera y he seguido estándolo cuatro días ?*

- *Cuando volvió usted a ver a su marido ?*

Esta pregunta hizo dar un salto de dolor a la pobre viuda.

- *Que cuando lo he visto !* – exclamó – *Mi hija y yo, a falta de hombres, hemos escarbado el suelo para encontrar su cadáver, enterrado como el de un perro, a setenta centímetros de profundidad, y nuestros esfuerzos resultaron inútiles, porque había « ciento cuarenta y dos » vecinos sepultados con él ! ...*

En efecto, la viuda de M. Himmer no encontró los restos de su marido sino el lunes 4 de octubre, cuando se hizo la exhumación

general de los ejecutados en Dinant.

En el interrogatorio el general alemán objetó a Mme. Himmer que la misma suerte cabía a los soldados de su ejército, a lo que la valerosa mujer contestó con energía :

- M. Himmer no era soldado !

Es de oírlo y admirarla cuando explica :

- *Mi resistencia parecía exasperar a esos señores, que esperaban obligarme a reconocer que los oficiales alemanes son incapaces de entregarse a semejantes horrores, y ni siquiera a autorizarlos ! ... Se me interrogó de pie, como una verdadera culpable, hasta que al fin, cansada, acerqué una silla y me senté.*

Hay que recordar que Mme. Himmer es una anciana y que, sólo por eso, se le deberían respetuosas atenciones ...

Entretanto, el Dr. Cousot acababa de recordar al general y al auditor el hecho ocurrido el 23 de agosto, de que las tropas alemanas se hiciesen una trinchera con sus prisioneros, mujeres y niños, y de que, durante tres horas, no hubieran cesado de tirar sobre los franceses, que no habían contestado, por humanidad !

El general alemán, cuyo nombre es conocido por el ministro argentino en Bélgica, Dr. Alberto Blancas, que seguramente lo habrá comunicado al ministro de relaciones exteriores en Buenos Aires, se mostró, en suma, muy disgustado con estas declaraciones, y ordenó luego una investigación que, según mis informes, es tendenciosa y trata de echar tierra, mucha más tierra que

los 60 centímetros, sobre la tumba del vice-cónsul argentino en Dinant, Sr. Himmer.

Esforzóse por hacer declarar a la viuda que el incendio de la fábrica podía ser muy bien obra de los soldados franceses pero la anciana le probó que eso era completamente imposible puesto que ella y los suyos habían atravesado el establecimiento, de extremo a extremo, a las 5 de la tarde del 23 de agosto, sin ver el menor síntoma de incendio, que sólo comenzó a las 6 de la mañana siguiente. Además, cuando se removieron los escombros, se encontró una mecha rodeada de materias inflamables, indicio de que no se ha tratado de un bombardeo, y que viene a agregarse a otros más vehementes, señalados ya.

Por otra parte, los alemanes se jactaban y vanagloriaban del incendio de la fábrica y de la muerte de su jefe, antes de saber que la diplomacia iba a intervenir en el asunto, siempre, según me afirman testigos presenciales. En el interrogatorio, el general alemán no hizo a la viuda pregunta ni alusión alguna, sobre los archivos quemados y la bandera dilacerada y arriada por los alemanes antes del 27 de agosto, día, en que presos y presas fueron puestos en libertad : y cuando Mme. Himmer quiso hablar de ello, el militar la interrumpió, preguntándole si lo había, visto personalmente ...

En cuanto a la investigación, el general alemán hizo una visita a la casa particular de M. Himmer, interrogó a la criada, a quien estaba encomendada su custodia, haciéndole firmar una declaración que

ella misma no leyó. Es de notar, además, que, deseando volver a su casa, Mme. Himmer había hecho, según lo afirma, componer todas las puertas, postigos, cielos rasos y techos destrozados por la soldadesca, recoger todos los restos de espejos, muebles y demás que cubrían el suelo, y limpiar las inmundicias que llenaban la casa de alto abajo ...

Tales son los informes que respecto del fusilamiento del vice-cónsul Himmer, el saqueo de Dinant y lo que sucedió en seguida, puedo comunicar por ahora, sin tiempo para más que escribir atropelladamente estos renglones.

He tenido, en efecto, que venir venciendo las dificultades que presenta un país ocupado e incomunicado, y haciendo luego un enorme rodeo de Bruselas a Maestricht en automóvil, y de Maestricht a Amsterdam en un tren entorpecido por la movilización del ejército holandés, tren que tardó seis horas en hacer un trayecto en que ordinariamente invierte tres. Y el vapor – el Frisia, que llevara esta carta – sale mañana a mediodía !

AMSTERDAM, octubre 20 de 1914

*

He aquí, en síntesis, los detalles sobre la muerte de D. Julio Lemaire, el infortunado canciller en nuestro consulado general de Amberes :

El Sr. Lemaire, ex capitán en el ejército holandés y persona muy ilustrada y culta, ocupaba su puesto desde hace más de veinte años, con excepcional competencia. Poseía varios idiomas a fondo pero, al hacerse cargo de su puesto, se dedicó especialmente al conocimiento del castellano – y llegó a saberlo a perfección – para ser lo más útil que fuera posible al país a cuyo servicio estaba. Cuantos argentinos han acudido a él declaran que era un perfecto caballero y que se desvivía por allanarles toda dificultad, mientras que los consules tuvieron un canciller tan puntual, bien informado y solícito, un auxiliar de primer orden y un avisadísimo consejero. Frisaba en los 55 años.

Cuando los alemanes comenzaron el sitio de Amberes, cuando la inmensa mayoría de la población huyó, refugiándose en los países vecinos, M. Lemaire, que habitaba con su familia en la rue du Palais número 40, envió a los suyos a Holanda, y pese a sus obstinadas súplicas y a los consejos de sus amigos, se negó a acompañarlos, resuelto como buen soldado a permanecer en su puesto, aunque el bombardeo fuera inminente, a las órdenes de nuestro cónsul general D. Augusto Belin Sarmiento, que, como sus colegas de

Estados Unidos y de España, no se avinieron a seguir la desbandada -justificadísima - del cuerpo consular, afirmando una vez mas la hidalguía de la madre patria y de nuestros hermanos mayores de América.

Estos tres cónsules generales – sea dicho de paso – acompañaron bajo las granadas al burgomaestre de Amberes hasta las líneas enemigas, cuando este magistrado, abandonado en su ciudad, fué a decir al general alemán que Amberes estaba indefensa y que la bombardeaba inútilmente ...

El miércoles 7 de octubre por la noche había comenzado el bombardeo que duró treinta y seis horas, y que hizo en Amberes grandes destrozos – no tan grandes, ay ! como los que han reducido a pavesas tantos otros pueblos y ciudades que he visto a ras del suelo, cosa que contaré cuando no me falten los minutos.

M. Lemaire, entonces, siguiendo un mal aconsejado impulso, general en toda Bélgica, fué a refugiarse en el sótano de su casa.

Estaba en ésta acompañado únicamente por una vieja criada que no había querido acompañar a la familia. en su éxodo, ni quiso en la terrible emergencia seguir a su patrón al sótano ...

De repente, una bomba alemana perforó la techumbre de la casa vecina, el suelo de dos pisos y, atravesando la gruesa pared medianera, fué a estallar precisamente en el

sitio en que se hallaba M. Lemaire, a quien fulminó.

El estruendo de la bomba fué tal que la criada huyó, despavorida.

Al día siguiente el cónsul general, que se trasladó al escenario de este drama, no pudo sino comprobar el fallecimiento y dar cuenta de lo ocurrido al gobierno argentino.

Y así murió un leal servidor de nuestra patria.

Roberto J. Payró

PAYRO ; « *Dos representantes argentinos muertos en la guerra* », in LA NACION ; 17/11/1914.